

ESTUDIO DE CRISTALIZACIÓN DE COLOSENSES

Experimentar a Cristo como nuestra vida (Mensaje 9)

Lectura bíblica: Col. 3:1-4

- I. Si hemos de experimentar a Cristo como nuestra vida, es preciso ver que con Cristo tenemos una misma posición, una misma vida, un solo vivir, un solo destino y una sola gloria—vs. 1-4; cfr. 1 Co. 6:17:
 - A. Con respecto a posición, nosotros estamos en Cristo; ya que estamos en Él, estamos donde Él está, a saber: sentado a la diestra de Dios—Col. 3:1; Jn. 17:24; Ef. 2:6:
 1. Con respecto a posición, el Hijo está en el Padre (Jn. 10:38; 14:10); nosotros estamos en el Hijo (1 Co. 1:30a), por tanto, estamos en el Padre (Jn. 14:20; 1 Ts. 1:1; 2 Ts. 1:1).
 2. Es sólo cuando estamos en el espíritu que estamos en Cristo, en el Padre y en el cielo tanto en un sentido práctico como en términos de nuestra experiencia:
 - a. Una transmisión viene desde el Cristo que está en los cielos hasta nosotros que estamos en la tierra y se efectúa por medio del Espíritu vivificante que mora en nuestro espíritu—Ef. 1:19, 22-23; 2:22.
 - b. El propio Cristo que está sentado en el trono en el cielo (Ro. 8:34) está también ahora en nosotros (v. 10), es decir, en nuestro espíritu (2 Ti. 4:22), donde se halla la morada, la habitación, de Dios (Ef. 2:22).
 - c. Ya que hoy nuestro espíritu es la morada de Dios, nuestro espíritu es ahora la puerta del cielo, donde Cristo es la escalera que nos une con el cielo y que trae el cielo a nosotros—v. 22; Gn. 28:12-17; Jn. 1:51.
 - d. Cada vez que nos volvemos a nuestro espíritu, pasamos por la puerta del cielo y tocamos el trono de la gracia que está en el cielo por medio de Cristo, la escalera celestial; nuestro espíritu es el destino de la

- transmisión divina, mientras que el trono de Dios es la fuente de dicha transmisión—He. 4:16.
- B. La vida de Dios es la vida de Cristo, y la vida de Cristo ha llegado a ser nuestra vida—Jn. 5:26; Col. 3:4:
1. El hecho de que Cristo sea nuestra vida implica que podemos experimentar de una manera muy subjetiva—Jn. 1:4; 14:6a; 10:10b; 1 Co. 15:45; Ro. 8:10, 6, 11.
 2. Es imposible desligar la vida de una persona de la persona misma, pues la vida de una persona es la propia persona; por consiguiente, decir que Cristo es nuestra vida implica que Cristo ha llegado a ser nuestra persona misma, y que Él y nosotros compartimos una misma vida y un mismo vivir—Jn. 14:6a; Fil. 1:21a.
 3. Con respecto al hecho de que Cristo es la vida misma de los creyentes, hay tres características que diferencian esta vida de la vida natural:
 - a. Esta vida es una vida crucificada—Gá. 2:20.
 - b. Esta vida es una vida resucitada—Jn. 11:25.
 - c. Esta vida es una vida escondida en Dios—Col. 3:3-4; Mt. 6:1-6, 16-18.
- C. Buscar las cosas de arriba y fijar nuestra mente en ellas, equivale a unirnos al Señor en Su ministerio celestial, Su empresa divina; en esto consiste vivir a Cristo, es decir, llevar una vida que sea uno con el vivir de Cristo—Col. 3:1-2:
1. Cristo, en Su ministerio celestial, es hoy el Sumo Sacerdote que vive para interceder por las iglesias—He. 8:1; 4:14; 7:25; 4:16; Col. 4:2.
 2. Cristo, en Su ministerio celestial, es hoy el Ministro celestial que vive para suministrar a los santos las riquezas de Cristo—He. 8:1-2; Ef. 3:8.
 3. Cristo, en Su ministerio celestial, es hoy el Administrador universal del gobierno divino, que vive para llevar a cabo el propósito de Dios—Ap. 4:1-2, 5; 5:6; 1:11-12:
 - a. La transmisión divina, la cual procede del trono que está en los cielos, introduce las cosas de arriba en las iglesias locales—Ef. 1:19, 22-23.
 - b. En Apocalipsis 4 y 5 se nos presenta una visión de nuestro “gobierno central”, y en Apocalipsis, del capítulo uno al tres, encontramos una visión de las

- iglesias locales, que son las “embajadas” de dicho gobierno; mediante los siete Espíritus, lo que se halla en la “sede” celestial es transmitido a las “embajadas”, es decir, a las iglesias.
- c. Todo lo que suceda en las iglesias locales debe estar bajo la dirección del trono de Dios en los cielos; para que el recobro sea realmente *del Señor*, debe hallarse bajo Su dirección—Col. 1:18; 2:19; Ap. 4:2-3.
- D. Nuestro destino es la gloria; Cristo está llevándonos a la gloria, a fin de que podamos ser manifestados con Él en gloria—He. 2:10; Col. 3:4.
- II. Nuestra vida es el propio Cristo que mora en nosotros, y dicha vida está escondida con Cristo en Dios; el Cristo que está escondido en Dios es tipificado por el maná escondido en la urna de oro—vs. 3-4; Éx. 16:32-34; Ap. 2:17:
- A. Cristo (el maná escondido) está en Dios el Padre (la urna de oro); el Padre está en Cristo (el Arca), quien posee dos naturalezas, la divina y la humana; y Cristo como el Espíritu que mora en nuestro interior, vive en nuestro espíritu regenerado para ser la realidad del Lugar Santísimo—cfr. Jn. 14:16-20; 2 Ti. 4:22.
 - B. Cuando comemos a Cristo como el maná escondido, somos incorporados a Él para que Dios y el hombre puedan morar recíprocamente el uno en el otro—Jn. 15:5, 7; 8:31; 6:57, 63; 14:23.
- III. El hecho de que Cristo es nuestra vida indica claramente que debemos tomarle como nuestra vida y vivir por Él, y que debemos vivirle a Él en nuestra vida diaria—Col. 3:4:
- A. Cristo debe ser nuestra vida en nuestra experiencia y de manera concreta; día tras día necesitamos ser salvos en Su vida—v. 4; 1 Co. 15:45; Ro. 5:10:
 1. En la vida divina somos salvos de la esclavitud del pecado, la ley del pecado, mediante la liberación que nos proporciona la ley del Espíritu consumado—8:2.
 2. En la vida divina somos salvos del siglo presente de este mundo, mediante la santificación efectuada por el Espíritu consumado—12:2a; 6:19b, 22b.
 3. En la vida divina somos salvos de nuestro ser natural,

- mediante la transformación realizada por el Espíritu vivificante—12:2b.
4. En la vida divina somos salvos del individualismo al ser edificados en el Cuerpo de Cristo—v. 5.
 5. En la vida divina somos salvos de toda expresión del yo, mediante la conformación llevada a cabo por el Espíritu que nos imparte vida—8:29.
 6. En la vida divina somos salvos del cuerpo de la humillación nuestra al ser transfigurados por la virtud propia de la vida divina—v. 30; Fil. 3:21; Ro. 8:11.
 7. Ser salvos en la vida divina equivale a reinar en la vida divina—5:17.
 8. Ser salvos en la vida divina nos dará la victoria sobre Satanás—16:20.
- B. El nuevo hombre surge espontáneamente cuando tomamos a Cristo como nuestra vida y le vivimos a Él—Col. 3:3-4, 10-11.

MENSAJE NUEVE

EXPERIMENTAR A CRISTO COMO NUESTRA VIDA

Colosenses 3:1-4 dice: “Si, pues, fuisteis resucitados juntamente con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Fijad la mente en las cosas de arriba, no en las de la tierra. Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando Cristo, nuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con El en gloria”.

Todos nosotros estamos bastante familiarizados con la frase: “Cristo, nuestra vida”, pues es un tema del cual hemos hablado en diversas ocasiones. Cristo es nuestra vida; esto es un hecho innegable. Por ser creyentes, de la misma manera que poseemos vida biológica, también poseemos a Cristo como nuestra vida espiritual. Él es nuestra verdadera vida. Sin embargo, en este mensaje no solamente queremos ver a Cristo como nuestra vida, sino que especialmente queremos hablar de *nuestra experiencia* de Cristo como vida. Así pues, el énfasis central de este mensaje no recae sobre el aspecto doctrinal de esta verdad, sino sobre nuestra experiencia de este hecho innegable, a saber: que Cristo es nuestra vida.

Por causa del gran número de jóvenes y nuevos creyentes, leamos primero dos párrafos extraídos del libro: “*The Conclusion of the New Testament*” [“La conclusión del Nuevo Testamento”]:

Colosenses 3:4 nos habla de “Cristo, nuestra vida”. Cristo es Dios y, asimismo, es vida (1 Jn. 5:12). La vida que es Dios, la vida que Dios es, está en Cristo (Jn. 1:4). Por tanto, el Señor Jesús dijo que Él es la vida (Jn. 14:6; 11:25) y que Él vino para que tengamos vida (Jn. 10:10). Por eso, quien tiene a Cristo tiene la vida (1 Jn. 5:12), y Cristo ahora mora en los creyentes como vida. Así como la vida es Dios mismo, igualmente la vida es el propio Cristo. Y así como poseer la vida es poseer a Dios mismo, igualmente poseer la vida es poseer a Cristo. Cristo es Dios hecho vida para

nosotros. Por medio de Cristo, Dios se manifiesta como vida. Por tanto, Cristo es ahora nuestra vida.

El lenguaje humano no puede expresar adecuadamente qué significa que Cristo sea nuestra vida. Pero aun cuando no podamos definir esto completamente, ciertamente podemos experimentar dicha realidad y disfrutarla. No debemos conformarnos con adquirir sólo el conocimiento doctrinal de que Cristo es nuestra vida; más bien, Cristo tiene que ser nuestra vida día a día, de una manera concreta y en términos de nuestra experiencia. Él debe ser la vida en nuestro interior, y nosotros debemos compartir con Él la misma vida y el mismo vivir. (págs. 543-544)

**SI HEMOS DE EXPERIMENTAR A CRISTO COMO NUESTRA VIDA,
ES PRECISO VER QUE CON CRISTO TENEMOS
UNA MISMA POSICIÓN, UNA MISMA VIDA, UN SOLO VIVIR,
UN SOLO DESTINO Y UNA SOLA GLORIA**

Si hemos de experimentar a Cristo como nuestra vida, es preciso ver que con Cristo tenemos una misma posición, una misma vida, un solo vivir, un solo destino y una sola gloria (vs. 1-4; cfr. 1 Co. 6:17). Conforme a lo que vimos en el primer mensaje de esta serie, todas nuestras experiencias se basan en la revelación que hemos recibido. La revelación nos conduce a las experiencias correspondientes. En la primera parte de este mensaje nos concentraremos en cinco cosas: una misma posición con Cristo, una misma vida con Cristo, un solo vivir con Cristo, un solo destino con Cristo y una sola gloria con Cristo. Así pues, este mensaje, y de hecho, toda la vida cristiana, gira en torno a esta cuestión central: experimentar a Cristo como nuestra vida. Sin embargo, a fin de experimentar a Cristo, debemos compartir con Él la misma posición, la misma vida, el mismo vivir, el mismo destino y la misma gloria; esta gloria es el propio Cristo en nosotros. En 1 Corintios 6:17 dice: “Pero el que se une al Señor, es un solo espíritu con El”. Nosotros podemos ser uno con Cristo en todos estos aspectos y maneras debido a que somos un solo espíritu con Él.

**Con respecto a posición, nosotros estamos en Cristo;
ya que estamos en Él, estamos donde Él está,
a saber: sentados a la diestra de Dios**

Con respecto a posición, nosotros estamos en Cristo; ya que

estamos en Él, estamos donde Él está, es decir, sentados a la diestra de Dios (Col. 3:1; Jn. 17:24; Ef. 2:6:). Ahora mismo, estamos en Cristo. Debido a que estamos en Él, estamos donde Él está. ¿Dónde está Cristo? Cristo está sentado a la diestra de Dios. Él está por encima de los cielos y ahora está sentado a la diestra de Dios. Debido a que estamos en Él, nosotros también estamos a la diestra de Dios. Por fe, tenemos que declarar con absoluta confianza, ejercitando nuestro espíritu: “Yo estoy en Cristo, y Cristo está a la diestra de Dios. Por tanto, yo estoy a la diestra de Dios, pues estoy donde Él está”. En Colosenses 3:1 dice que fuimos resucitados juntamente con Cristo. Y en Efesios 2:6 leemos que Dios “juntamente con El nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales en Cristo Jesús”. Cualquiera sea la posición de Cristo, nosotros ocupamos la misma posición. Así pues, fuimos resucitados juntamente con Cristo y estamos sentados juntamente con Él.

***Con respecto a posición, el Hijo está en el Padre;
nosotros estamos en el Hijo, por tanto, estamos en el Padre***

Con respecto a posición, el Hijo está en el Padre (Jn. 10:38; 14:10); nosotros estamos en el Hijo (1 Co. 1:30a), por tanto, estamos en el Padre (Jn. 14:20; 1 Ts. 1:1; 2 Ts. 1:1). En Juan 10:38 y 14:10 el Señor dijo: “Yo estoy en el Padre”. El común de las personas, incluso los cristianos, suelen pensar sobre estas cosas en términos físicos y dentro del ámbito material. Al hablar de estos temas, ellos siempre piensan en lugares físicos, pero aquí el lugar es una persona. El Hijo está en el Padre. Simplemente tenemos que decir amén a esto. Tenemos que orar-leer estos versículos. Cuanto más hablemos al respecto, más crearemos en ello y se hará más real para nosotros. Sólo podemos captar y comprender esta realidad divina al estar en nuestro espíritu.

El Hijo está en el Padre, y nosotros estamos en el Hijo. En 1 Corintios 1:30 dice que es por Dios que nosotros estamos en Cristo Jesús. Debemos proclamar a los árboles, a las aves y aún a nosotros mismos: “Yo estoy en Cristo”. No estamos en nuestros problemas ni en nuestra depresión. Estamos en Él. Si declaramos esta verdad, se convertirá en nuestra realidad. Según la Biblia, éste es un hecho. No debemos creer en nuestros sentimientos, sino en la palabra de Dios. Por tanto, debido a estos dos hechos [que Cristo está en el Padre y nosotros en Cristo], nosotros también estamos en el Padre. El Hijo está en el Padre y nosotros estamos en el Hijo, así que es lógico inferir que nosotros estamos

en el Padre. La Biblia es muy lógica y nos muestra que, sin lugar a dudas, nosotros estamos en el Padre.

En Juan 14:20 dice: “En aquel día vosotros conoceréis que Yo estoy en Mi Padre, y vosotros en Mí, y Yo en vosotros”. En 1 Tesalonicenses 1:1 y en 2 Tesalonicenses 1:1 se nos habla de la iglesia *en* Dios Padre. La iglesia está en Dios Padre. Por tanto, hoy, para experimentar a Cristo como nuestra vida, tenemos que tener bien en claro que compartimos con Cristo la misma posición. Compartimos Su posición en el Padre quien está en los cielos.

***Es sólo cuando estamos en el espíritu que estamos en Cristo,
en el Padre y en el cielo tanto en un sentido práctico
como en términos de nuestra experiencia***

Es sólo cuando estamos en el espíritu que estamos en Cristo, en el Padre y en el cielo tanto en un sentido práctico como en términos de nuestra experiencia. Al estar en el espíritu, comprobamos que estamos en Cristo. Cuando no estamos en nuestro espíritu, es un hecho que estamos en Cristo, pero en términos de nuestra experiencia, estamos fuera de Él. Es debido a esto que necesitamos con urgencia volvernos a nuestro espíritu. Cuando nos volvemos a nuestro espíritu, de inmediato estamos en Cristo. Al estar en nuestro espíritu, estamos en Cristo y en el Padre. Nuestro Padre está en los cielos; así que, en la práctica y en nuestra experiencia concreta, nosotros también estamos en los cielos. No estamos en la tierra, sino en los cielos.

A algunos cristianos les encanta afirmar que las personas van al cielo cuando mueren. Quisiéramos decirles a tales hermanos que tenemos noticias maravillosas para ellos: ya hemos muerto y ya estamos en los cielos. Primero vimos que habíamos muerto y que hemos sido resucitados juntamente con Cristo. Así que, ahora, estamos en los cielos. No debiéramos esforzarnos más por ir al cielo porque ya estamos allí. Estamos allí no como quien está en un lugar físico, sino por estar en una persona; es decir, estamos en el Hijo, quien está en el Padre, quien está en los cielos. El cielo está allí donde está Jesús.

*Una transmisión viene desde el Cristo que está en los cielos
hasta nosotros que estamos en la tierra
y se efectúa por medio del Espíritu vivificante
que mora en nuestro espíritu*

Una transmisión viene desde el Cristo que está en los cielos hasta

nosotros que estamos en la tierra y se efectúa por medio del Espíritu vivificante que mora en nuestro espíritu (Ef. 1:19, 22-23; 2:22). Ciertamente podemos entender el hecho de que estamos en los cielos; pero quizás no comprendamos tan claramente la manera de experimentar esto en la práctica. Nosotros experimentamos estar en los cielos en virtud de cierta transmisión celestial continua. Nosotros estamos conectados a los cielos, donde hay una “fuente de poder celestial”. Esta “planta generadora” celestial es el propio Dios Triuno, quien está directamente conectado con la parte más profunda de nuestro ser: nuestro espíritu. El Espíritu vivificante y todo-inclusivo, quien es el Dios Triuno consumado, ha sido transmitido a nuestro espíritu y se ha instalado allí, llegando a ser uno con nuestro espíritu. Él es tanto el transmisor como el medio por el cual esta transmisión llega a nosotros. Hoy en día, por medio del Espíritu, nuestro espíritu está conectado a la planta generadora de energía en los cielos.

Ahora mismo, hay una línea directa entre nuestro espíritu y el trono. En virtud de dicha conexión directa, continuamente tiene lugar una transmisión. El problema es que algunos de nosotros no respondemos a dicha transmisión. Si bien la transmisión es continua, hace falta que nosotros respondamos a ella. Tenemos que ejercitar nuestro espíritu para conectarnos y, así, al mantener abierta esa línea de comunicación directa, podremos recibir los cielos en nuestro interior. De este modo, podremos experimentar los cielos aquí en la tierra. Físicamente estamos en la tierra, pero en realidad, estamos disfrutando de los cielos; esto hace de nosotros un pueblo misterioso y maravilloso. Quizás parezcamos personas comunes y corrientes, pero en nuestro interior, poseemos una vida celestial y experimentamos la transmisión celestial y el poder celestial.

*El propio Cristo que está sentado en el trono en el cielo
está también ahora en nosotros, es decir, en nuestro espíritu,
donde se halla la morada, la habitación, de Dios*

El propio Cristo que está sentado en el trono en el cielo (Ro. 8:34) está también ahora en nosotros (v. 10), es decir, en nuestro espíritu (2 Ti. 4:22), donde se halla la morada, la habitación, de Dios (Ef. 2:22). En nuestro espíritu tiene lugar una continua transmisión entre la tierra y los cielos. Cristo está sentado en los cielos y, simultáneamente, está en nosotros. Nuestro espíritu es la morada de Dios, donde Dios vive.

*Ya que hoy nuestro espíritu es la morada de Dios,
nuestro espíritu es ahora la puerta del cielo,
donde Cristo es la escalera que nos une con el cielo
y que trae el cielo a nosotros*

Ya que hoy nuestro espíritu es la morada de Dios, nuestro espíritu es ahora la puerta del cielo, donde Cristo es la escalera que nos une con el cielo y que trae el cielo a nosotros (v. 22; Gn. 28:12-17; Jn. 1:51). En Génesis 28:12-17 se nos cuenta cómo Jacob vio en un sueño que los cielos estaban abiertos y que había una escalera que unía la tierra a los cielos. En el versículo 17, Jacob exclama: “¡Cuán terrible es este lugar! No es otra cosa que casa de Dios, y puerta del cielo”. Jacob llamó a este lugar Bet-el. Su sueño es una ilustración del hecho de que nuestro espíritu está unido a los cielos en virtud del Hijo del Hombre, quien es la escalera. Esto nos muestra la circulación que, en ambos sentidos, tiene lugar entre los cielos y la tierra.

Nuestro espíritu es la puerta del cielo. Si realmente deseamos ir al cielo, tenemos que entrar a nuestro espíritu y encerrarnos en él. Es allí donde está el cielo. Muchas veces, al contemplar el estado en que se encuentra el mundo, todo parece tan terrenal, terrible y deprimente; sin embargo, cuando nos volvemos a nuestro espíritu, toda la escena cambia, pues podemos contemplar los cielos. Si observamos la iglesia con nuestros ojos terrenales e inmersos en nuestra alma y nuestra mente, tal vez nos parezca que la iglesia es un sitio horrendo; pero si nos volvemos a nuestro espíritu, la iglesia es un lugar maravilloso. Es los cielos en la tierra. Así pues, la visión que tengamos dependerá de dónde estemos. Tenemos que estar en nuestro espíritu.

*Cada vez que nos volvemos a nuestro espíritu, pasamos
por la puerta del cielo y tocamos el trono de la gracia
que está en el cielo por medio de Cristo, la escalera celestial;
nuestro espíritu es el destino de la transmisión divina,
mientras que el trono de Dios es la fuente de dicha transmisión*

Cada vez que nos volvemos a nuestro espíritu, pasamos por la puerta del cielo y tocamos el trono de la gracia que está en el cielo por medio de Cristo, la escalera celestial; nuestro espíritu es el destino de la transmisión divina, mientras que el trono de Dios es la fuente de dicha transmisión (He. 4:16). Una y otra vez en la vida de iglesia nos decimos unos a otros: “Vuélvete a tu espíritu”. Tenemos que continuar

haciéndolo, porque cada vez que nos volvemos a nuestro espíritu entramos por las puertas del cielo y tocamos el trono de la gracia que está en los cielos. Cristo es la escalera celestial que conecta nuestro espíritu, el receptor de la transmisión celestial, al trono de Dios, el emisor de la transmisión divina. Por ello, en Hebreos 4:16 se nos insta: “Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia”. Este trono está en los cielos, y este trono está también en nuestro espíritu. Aquí, ante el trono, recibimos la incesante transmisión divina. El trono está constantemente transmitiendo, mientras que nosotros, en nuestro espíritu, estamos constantemente recibiendo dicha transmisión, inclusive ahora mismo.

Por eso debemos invocar el nombre del Señor. Siempre que nos volvemos a nuestro espíritu invocando el nombre del Señor, nos encontramos en los cielos. Cada vez que nos volvemos a nuestro espíritu, estamos en los cielos y recibimos la transmisión divina que consiste en vida, luz, poder, virtud y riquezas espirituales. Esto es, en realidad, la transmisión de la propia persona del Dios Triuno a nuestro ser. Todo cuanto necesitamos está en dicha transmisión. Cada vez que requerimos de algo celestial, debemos simplemente volvernos a nuestro espíritu, abrir nuestro ser al Señor e invocar Su nombre; entonces estaremos en el cielo y disfrutaremos de la transmisión divina. Ésta es la posición en la que estamos. Experimentamos a Cristo como nuestra vida al permanecer en esta posición junto a Él y donde Él está, es decir, en los cielos y en nuestro espíritu, que es la puerta del cielo.

**La vida de Dios es la vida de Cristo,
y la vida de Cristo
ha llegado a ser nuestra vida**

La vida de Dios es la vida de Cristo, y la vida de Cristo ha llegado a ser nuestra vida (Jn. 5:26; Col. 3:4). Aquí podemos distinguir tres entidades: Dios, Cristo y nosotros, los creyentes. No obstante, estos tres comparten la misma vida. Esto es notable. La vida de Dios es la vida de Cristo, y la vida de Cristo es nuestra vida. Tenemos la misma vida que tiene Cristo y poseemos la misma vida de Dios. Así pues, los tres compartimos una misma vida. Nuestra vida no sólo es la vida biológica que recibimos de nuestros padres; nuestra verdadera vida es la vida de Dios y la vida de Cristo.

El hecho de que Cristo sea nuestra vida implica que podemos experimentarle de una manera muy subjetiva

El hecho de que Cristo sea nuestra vida implica que podemos experimentarle de una manera muy subjetiva (Jn. 1:4; 14:6a; 10:10b; 1 Co. 15:45; Ro. 8:10, 6, 11). Es muy difícil hablar acerca de la vida. Simplemente hablar sobre nuestra vida biológica es difícil, y hablar sobre nuestra vida psicológica es todavía más difícil. Sin embargo, aquí estamos hablando de la vida divina, la vida más elevada, la cual es el propio Cristo. Por tanto, tal vez nos parezca que hablar de la vida divina es una tarea imposible. No obstante, debemos comprender que nada es más personal y subjetivo para nosotros que la vida. Si nos quitan la vida, dejamos de existir. Así pues, no hay nada más querido para nosotros, nada más cercano a nosotros, nada más íntimo, más crucial e importante para nosotros que la vida. Como hemos visto en este mensaje, Cristo es nuestra vida. Esto quiere decir que Cristo es todo esto para nosotros. Nada ni nadie es más personal y subjetivo para nosotros que Cristo, ni aun nuestro cónyuge o nuestros hijos. Por ser nuestra vida, Cristo es sumamente personal y subjetivo para nosotros.

Es imposible desligar la vida de una persona de la persona misma, pues la vida de una persona es la propia persona; por consiguiente, decir que Cristo es nuestra vida implica que Cristo ha llegado a ser nuestra persona misma, y que Él y nosotros compartimos una misma vida y un mismo vivir

Es imposible desligar la vida de una persona de la persona misma, pues la vida de una persona es la propia persona; por consiguiente, decir que Cristo es nuestra vida implica que Cristo ha llegado a ser nuestra persona misma, y que Él y nosotros compartimos una misma vida y un mismo vivir (Jn. 14:6a; Fil. 1:21a). Si una persona es separada de su vida, ella morirá. La vida de la persona es la persona misma. Cuando nos referimos a la vida, en realidad nos estamos refiriendo a la persona, pues las dos son inseparables.

Cristo es una persona, y esta persona es hoy nuestra vida. Puesto que nuestra vida es simplemente nuestra persona, Cristo ha llegado a ser nuestra persona. Incluso, Cristo ha llegado a ser nosotros. Somos Cristo porque Él es nuestra vida. Debido a que Él es nuestra vida, Él es

nuestra persona. Cristo y nosotros hemos llegado a ser una sola persona y compartimos la misma vida y el mismo vivir.

Muchas veces, nuestras experiencias son deficientes debido a que nuestra visión es defectuosa. Además, muchas veces suponemos haber visto algo pero, en realidad, no lo hemos visto o no lo hemos entendido adecuadamente. Con respecto a este asunto de que Cristo es nuestra vida, mucho está determinado por lo que vemos. Durante aquellos tiempos en que estamos a solas con el Señor, tenemos que orar al respecto y decirle: “Oh Cristo, Tú eres mi vida. Tú eres mi persona. Tú y yo compartimos la misma vida. Esto quiere decir que Tú eres mi persona y yo soy Tú. Poseemos la misma vida y compartimos el mismo vivir”. Entonces, al orar así, gradualmente veremos más y más.

Cuando hablo de estas cosas, mi corazón se conmueve por el hecho de que hay millones y millones de hijos de Dios que no tienen noción alguna del hecho de que Cristo es nuestra vida. Sin embargo, el hecho de que Cristo sea nuestra vida y de que Cristo llegue a ser nosotros, es el tema central de la Biblia y de la economía de Dios. A pesar de ello, la gran mayoría de los hijos del Señor lo desconocen. El punto central radica en que hoy Cristo es nuestra vida.

Con respecto al hecho de que Cristo es la vida misma de los creyentes, hay tres características que diferencian esta vida de la vida natural

Con respecto al hecho de que Cristo es la vida misma de los creyentes, hay tres características que diferencian esta vida de la vida natural. Cuando nos referimos a esta vida, es decir, a Cristo como nuestra vida, debemos saber distinguirla de nuestra vida natural.

Esta vida es una vida crucificada

Esta vida es una vida crucificada (Gá. 2:20). La vida natural es una vida que no ha sido procesada, o sea, es una vida “cruda”. Sin embargo, la vida que hemos recibido, la cual es Cristo como nuestra vida, es una vida crucificada. Supongamos que en el entrenamiento de tiempo completo hay una hermana que por naturaleza es muy afable, gentil y bondadosa. Supongamos que a ella se le asigna la tarea de limpiar los baños y, debido a que ella es tan afable, gentil y bondadosa, ella acata dicha orden. Sin embargo, cuando los inspectores del entrenamiento revisan su labor de limpieza y la desapruaban, ella se echa a llorar.

Ciertamente esta vida tan afable que está llorando no es la vida crucificada, sino la vida que no ha sido crucificada. La vida crucificada no llora, incluso cuando recibe críticas de los demás. Muchas veces nos confundimos pensando que cierta clase de vida bondadosa es la vida de Cristo. Sin embargo, la vida de Cristo es una vida crucificada, es la vida que ha experimentado la cruz.

Esta vida es una vida resucitada

Esta vida es una vida resucitada (Jn. 11:25). Es probable que en nuestra vida natural seamos devotos y fervientes; pero cuando surge algún problema o adversidad, la vida natural se apaga y sucumbe. Sin embargo, la vida de la que estamos hablando es la vida en resurrección. La tercera estrofa del himno 298 (en *Himnos*) dice: “Muerte no impide la resurrección, / Al enterrarla, se acrecentará”. Sabemos que poseemos la verdadera vida porque tal vida está en resurrección. La muerte no prevalece sobre ella.

Esta vida es una vida escondida en Dios

Esta vida es una vida escondida en Dios (Col. 3:3-4; Mt. 6:1-6, 16-18). Una vida escondida ciertamente no es una vida que se exhibe. Esta vida no gusta de llamar la atención, sino que en cierta medida se mantiene en secreto. En Mateo 6 el Señor se dirige a los fariseos que querían ser vistos de los demás cuando daban limosnas y cuando aparentemente actuaban con justicia. Cuando ellos oraban y ayunaban, iban a las esquinas de las calles, a los lugares públicos, a fin de ser vistos por otros. Sin embargo, el Señor dijo: “Mas cuando tú des limosna, no sepa tu izquierda lo que hace tu derecha, para que sea tu limosna en secreto; y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará” (vs. 3-4). Hoy en día, Dios está escondido, al igual que Cristo mismo. Esta vida es una vida escondida, no una vida que está a la vista de los demás. Ésta es nuestra vida.

**Buscar las cosas de arriba y fijar nuestra mente en ellas,
equivale a unirnos al Señor en Su ministerio celestial,
Su empresa divina; en esto consiste vivir a Cristo, es decir,
llevar una vida que sea uno con el vivir de Cristo**

Buscar las cosas de arriba y fijar nuestra mente en ellas, equivale a unirnos al Señor en Su ministerio celestial, Su empresa divina; en esto consiste vivir a Cristo, es decir, llevar una vida que sea uno con el vivir

de Cristo (Col. 3:1-2). Cuando hablamos acerca de vivir a Cristo, generalmente lo hacemos desde la perspectiva del primer capítulo de Filipenses. Pero ahora tenemos que considerar el vivir a Cristo desde la perspectiva planteada por los primeros versículos del tercer capítulo de Colosenses. Aquí, la perspectiva es que vivimos a Cristo, o, mejor dicho, que compartimos con Cristo el mismo vivir, al buscar las cosas de arriba y fijar nuestra mente en ellas. Anteriormente, ¿habían escuchado esto? Vivimos a Cristo, o sea, manifestamos un vivir que es uno con el vivir de Cristo, al buscar las cosas de arriba y fijar nuestra mente en ellas. Esto es bastante particular. Cuando Pablo habla de Cristo como “nuestra vida”, lo hace en el contexto de estos versículos.

Para buscar las cosas de arriba, primero tenemos que identificar las cosas que no son de arriba. Las cosas que no son de arriba son las cosas de la tierra. Según Colosenses, éstas son cosas sobre las cuales las personas conversamos con mucha frecuencia. La primera categoría de cosas terrenales la conforman aquellas cosas pertenecientes a nuestra cultura. En un mensaje anterior se mencionaron los diferentes utensilios que usamos para ingerir nuestros alimentos, y se dijo que unos usan palitos mientras que otros usan tenedor y cuchillo. Hay un gran número de cosas relativas a la cultura que difieren de un pueblo a otro. A medida que el Señor se propaga en toda la tierra por medio de Su recobro, más y más personas de culturas diferentes son traídas al Señor. Hay toda clase de culturas, pero si nos fijamos mucho en nuestras diferencias culturales, ello equivale a fijar nuestra mente en las cosas terrenales. Cuando usted visite a algún santo en su casa, no busque identificar tales cosas, pues ello sería fijar su mente en las cosas terrenales, lo cual siempre acarreará problemas.

Además de la cultura hay muchas otras cosas. Ciertamente la religión es algo terrenal, así como lo son la filosofía, el gnosticismo y toda otra clase de “ismos”. Especialmente hoy, en los Estados Unidos encontramos toda clase de “ismos”. El feminismo por ejemplo es una de esas filosofías. Además de estas cosas, Pablo habló de los esfuerzos por mejorar nuestro comportamiento. La “humildad autoimpuesta” mencionada en Colosenses 2:18 es esta clase de esfuerzo por mejorar la conducta. Todas estas cosas son cosas terrenales. Pablo nos advierte que no debemos buscar tales cosas terrenales ni fijar nuestra mente en ellas ni, mucho menos, concentrarnos en tales cosas. En la vida de iglesia no debemos darle importancia a estas cosas; más bien, debemos fijar nuestra mente en las cosas de arriba. Busquemos las cosas de

arriba, aquello que está en los cielos. El Jesús celestial está arriba. ¡Fijen su mente en esta Persona; pongan en Él su mirada!

Debemos levantar la mirada para dejar de fijarnos en todas estas cosas terrenales. Es posible que para nosotros las cosas terrenales solamente sean las cosas pecaminosas y mundanas, pero incluso las cosas que la sociedad considera buenas son cosas terrenales. Tenemos que poner nuestra mirada en el Cristo celestial, el Jesús celestial. Él es el Jesús que hoy está coronado de honra y de gloria (He. 2:9). ¡Vedlo a Él! Él es aquel que Dios hizo Señor y Cristo. Él está en los cielos como Señor y Cristo. ¡Miradle a Él!

Además de ser Señor y Cristo, Él hoy ha sido dado por Cabeza sobre todas las cosas a la iglesia, la cual es Su Cuerpo (Ef. 1:22-23). ¡Mirad la Cabeza! Pablo incluso dice que debemos asirnos de la Cabeza (Col. 2:19). ¡Buscadle a Él! Buscad las cosas de arriba. Él está allí como el Precursor, Aquel que nos abrió el camino a la gloria (He. 6:20). Él es el Pionero, el Autor de nuestra salvación (2:10). Es a Él a quien debemos mirar; pongamos nuestros ojos en Él.

Además, Él es nuestro gran Sumo Sacerdote, Aquel que atravesó los cielos y ahora intercede por nosotros (4:14; 7:25). Él se sentó a la diestra de Dios, pero no para descansar ni permanecer inactivo. En realidad, hoy en Su trono, Él está mucho más ocupado que cuando estaba aquí en la tierra. Durante Su ministerio terrenal Él estaba cuidando de Sus discípulos y ocasionalmente predicaba a las multitudes. Pero hoy, Él gobierna el universo entero, incluyendo gran número de iglesias y millones de Sus hijos. Él, además, está orando sin cesar, intercediendo por nosotros.

Esta persona maravillosa que está en los cielos es también el Ministro del verdadero tabernáculo, un tabernáculo erigido por el Señor, no por el hombre (8:2). Él es el Ministro celestial. Tenemos que verlo a Él, y aun más debemos verlo como el Cordero entronizado que posee siete cuernos y siete ojos ardientes (Ap. 5:6), los cuales son los siete Espíritus de Dios. Pongan los ojos en Él. ¿Cuánto tiempo pasa usted contemplando a esta persona? Si somos honestos, tendremos que admitir que la mayor parte del tiempo la pasamos contemplando las cosas de abajo. Tenemos que contemplar a esta persona maravillosa continuamente; y aun si así lo hicieramos, no podríamos apreciarlo en toda Su dimensión.

Tenemos que volvernos al Espíritu, olvidarnos de las cosas terrenales, levantar nuestra mirada al cielo y fijar nuestra mente en las cosas

excelentes y maravillosas de arriba. En el capítulo diecisiete de Juan, cuando se nos relata la oración que el Señor elevó al Padre, dice que Él levantó Sus ojos al cielo (v. 1). Hoy en día, en muchas de las ceremonias cristianas, se insta a los asistentes a inclinar su cabeza y cerrar los ojos para orar. Esto es mirar a la tierra. Pero cuando el Señor Jesús oró, Él lo hizo “levantando los ojos al cielo”. Tenemos que elevar la mirada a fin de ver a Aquel que está en los cielos y buscar las cosas de arriba.

Hacemos esto al ejercitar nuestro espíritu y abrir todo nuestro ser a Él; así activamos el interruptor y entramos en el ámbito donde ocurre la transmisión divina. Entonces le veremos a Él, en una escena tras otra. Al verle, nos unimos a Él en Su ministerio celestial. En todos y cada uno de los aspectos de Cristo que acabamos de mencionar, este Cristo celestial lleva a cabo un aspecto particular de Su ministerio a fin de cumplir con Su empresa divina en este universo. Así pues, en este pasaje se describe de una manera muy particular el vivir de Cristo hoy. Compartimos con Cristo el mismo vivir al unirnos a Él, al ser uno con lo que Él realiza en la actualidad y al ser uno con Su vivir celestial.

Cristo, en Su ministerio celestial, es hoy el Sumo Sacerdote que vive para interceder por las iglesias

Cristo, en Su ministerio celestial, es hoy el Sumo Sacerdote que vive para interceder por las iglesias (He. 8:1; 4:14; 7:25; 4:16; Col. 4:2). A fin de compartir con Cristo el mismo vivir, primero tenemos que conocer cómo vive Él hoy. Hoy, Cristo lleva la vida de un Sumo Sacerdote al interceder incesantemente por las iglesias. Así pues, el vivir de Cristo hoy consiste en orar sin cesar. En realidad, nosotros no podríamos vivir a Cristo sin orar. Esto es imposible. Independientemente de cómo oremos, ya sea en voz alta o en silencio, tenemos que orar todo el tiempo. La respiración espiritual es indispensable si hemos de compartir Su vivir. Esto es así porque hoy Él ora incesantemente. La manera en que el Cristo entronizado lleva a cabo Su vivir es al interceder incesantemente. Cuando nos unimos a Él en esta intercesión al perseverar en la oración (v. 2), somos uno con el Señor en el vivir que Él lleva en Su condición de Sumo Sacerdote. ¡Que en estos días sobreabunde la oración en el recobro del Señor! Esto es verdaderamente lo que necesitamos. Y cuanto más oremos, más Él mismo será nuestro vivir.

Cristo, en Su ministerio celestial, es hoy el Ministro celestial que vive para suministrar a los santos las riquezas de Cristo

Cristo, en Su ministerio celestial, es hoy el Ministro celestial que vive para suministrar a los santos las riquezas de Cristo (He. 8:1-2; Ef. 3:8). Él vive hoy, no solamente como el Sumo Sacerdote que intercede por nosotros, sino también como el Ministro celestial que nos imparte el suministro celestial. Él está en los cielos ministrando desde Su trono. Cristo nos infunde los cielos a fin de que éstos sean nuestro suministro constante y nuestra salvación. Así pues, incluso ahora mismo, Él está transmitiéndonos todas las riquezas de Dios. Algunas veces, quizás sintamos que Su transmisión ha cesado. En realidad lo que sucede es que, si bien Él continúa transmitiendo, usted se encuentra en una “zona de silencio”. A veces, cuando usted está utilizando su teléfono celular, la comunicación se interrumpe; ello no se debe a que la transmisión se haya interrumpido, sino a que usted está en una “zona de silencio”. Salga de esa “zona muerta”. La transmisión es incesante. Muchos de nosotros hemos tenido la experiencia de despertar en medio de la noche y percibir esta transmisión. De hecho, es la transmisión la que en tales ocasiones nos despierta. Quizás usted haya estado durmiendo y, de repente, a las tres de la mañana comienza a recibir un “fax” divino. Esto no es algo que usted pueda controlar, sino que el Señor envía Su comunicación cuando Él así lo desea. Con frecuencia, es a tales horas de la madrugada que llegamos a entender claramente cierto aspecto de lo que el Señor abriga en Su corazón.

Creo que muchos de nosotros hemos tenido esta clase de experiencia. No me refiero a cierta clase de sueño raro o visión extraordinaria; deje de lado todas esas cosas del pentecostalismo. Cuando ejercitamos nuestro espíritu en oración, descubrimos que esta transmisión es incesante y que ella nos transmite continuamente la vida celestial, la paz celestial y el suministro celestial. Cuando la transmisión eléctrica se realiza, entonces la televisión funciona, la estufa funciona, el vaporizador funciona, es decir, todo en su casa funciona normalmente. Asimismo, disfrutamos del ministerio celestial. Hoy, el vivir de Cristo consiste en suministrar a los santos Sus riquezas. Así pues, nosotros compartimos con Cristo el mismo vivir cuando hacemos lo que Él hace, es decir, somos un suministro para Sus santos al ministrarles las riquezas de Cristo y, así, unirnos a Él en Su labor suministradora. Esto es lo que Pablo hacía. Él ministraba las riquezas inescrutables de Cristo;

en esto consiste la verdadera labor suministradora. Él vivía a Cristo al unírsele en aquello que Él hacía como el Ministro celestial.

Cristo, en Su ministerio celestial, es hoy el Administrador universal del gobierno divino, que vive para llevar a cabo el propósito de Dios

Cristo, en Su ministerio celestial, es hoy el Administrador universal del gobierno divino, que vive para llevar a cabo el propósito de Dios (Ap. 4:1-2, 5; 5:6; 1:11-12). Como el Cordero entronizado, Él ejerce el gobierno divino sobre el universo.

*La transmisión divina,
la cual procede del trono que está en los cielos,
introduce las cosas de arriba en las iglesias locales*

La transmisión divina, la cual procede del trono que está en los cielos, introduce las cosas de arriba en las iglesias locales (Ef. 1:19, 22-23). Las iglesias en esta tierra son como esas “torres transmisoras”, que reciben las transmisiones procedentes del cielo. Alabamos al Señor que hay miles de “torres transmisoras” sobre esta tierra que, ahora mismo, reciben la transmisión celestial de las cosas de arriba. Para disfrutar de las cosas de arriba, tenemos que estar en las iglesias locales. Éstos son los centros donde la transmisión se lleva a cabo. Tenemos que estar en nuestro espíritu y en las iglesias locales.

En Apocalipsis 4 y 5 se nos presenta una visión de nuestro “gobierno central”, y en Apocalipsis, del capítulo uno al tres, encontramos una visión de las iglesias locales, que son las “embajadas” de dicho gobierno; mediante los siete Espíritus, lo que se halla en la “sede” celestial es transmitido a las “embajadas”, es decir, a las iglesias

En Apocalipsis 4 y 5 se nos presenta una visión de nuestro “gobierno central”, y en Apocalipsis, del capítulo uno al tres, encontramos una visión de las iglesias locales, que son las “embajadas” de dicho gobierno; y mediante los siete Espíritus, lo que se halla en la “sede” celestial es transmitido a las “embajadas”, es decir, a las iglesias. Todos nosotros estamos en el reino de Dios, pero tenemos que preguntarnos: ¿cuál es la sede central de gobierno de tal reino? Es el trono que está en los cielos. Entonces, ¿qué son las iglesias locales? Las iglesias locales son una extensión subsidiaria de tal gobierno en calidad de embajadas del reino

celestial sobre la tierra. De hecho, pues, las iglesias representan al trono de Dios. La clase de relación que usted tenga con las iglesias determina la relación que usted tiene con el trono de Dios.

Así pues, esta sede de gobierno en los cielos son nuestros “cuarteles generales” o nuestra “sede central”. A lo largo de los años siempre han habido quienes han insinuado que en cierta manera el sur de California, o Anaheim, o tal vez las oficinas de *Living Stream Ministry*, son la sede central del recobro del Señor. Quisiera aprovechar esta oportunidad para declarar de manera inequívoca que el sur de California no es la sede central, ni la iglesia en Anaheim es la sede central, ni tampoco las oficinas de *Living Stream Ministry* constituyen la sede central. Nuestra sede central de gobierno es el trono que está en los cielos. Espero que todos nosotros comprendamos esto claramente y que ninguno de nosotros dé lugar a conversaciones en las que se fomenta este error. Es un hecho innegable que nuestra sede de gobierno está en los cielos y que todas las iglesias son, a lo sumo, las embajadas del centro administrativo de Dios que está en los cielos.

*Todo lo que suceda en las iglesias locales debe estar
bajo la dirección del trono de Dios en los cielos;
para que el recobro sea realmente del Señor,
debe hallarse bajo Su dirección*

Todo lo que suceda en las iglesias locales debe estar bajo la dirección del trono de Dios en los cielos; para que el recobro sea realmente *del Señor*, debe hallarse bajo Su dirección (Col. 1:18; 2:19; Ap. 4:2-3). Las iglesias locales, estrictamente hablando, no debieran ser dirigidas por los ancianos. La única misión de los ancianos en las iglesias locales debiera ser la de llevar a cabo lo determinado desde el trono de Dios; ningún anciano debiera erigirse en rey, gobernante, ni señor de iglesia local alguna. Todos nosotros estamos sujetos al trono celestial. A fin de que el recobro sea verdaderamente el recobro del Señor, éste tiene que estar bajo Su dirección. Si éste es verdaderamente el recobro del Señor, deberá estar bajo el gobierno y dirección del trono. Es imprescindible que Él sea la única Cabeza del Cuerpo, la única Cabeza de la iglesia.

**Nuestro destino es la gloria;
Cristo está llevándonos a la gloria,
a fin de que podamos ser manifestados con Él en gloria**

Nuestro destino es la gloria; Cristo está llevándonos a la gloria, a fin

de que podamos ser manifestados con Él en gloria (He. 2:10; Col. 3:4). Para experimentar a Cristo como nuestra vida, tenemos que ver que compartimos con Cristo el mismo destino y la misma gloria. Éste es un hecho innegable. El destino de Cristo es nuestro destino, y la gloria de Cristo es nuestra gloria. Nosotros no somos un pueblo carente de propósito ni meta, sino que tenemos un destino y una meta. Somos un pueblo que corre una carrera que tiene una meta definida. La meta es morar con Cristo en gloria. Hoy, Cristo nos está conduciendo a dicho destino y a dicha gloria. Éste es el significado de Colosenses 3:4, donde se nos dice que seremos manifestados con Él en gloria. En esto consiste experimentar a Cristo como nuestra vida.

**NUESTRA VIDA ES EL PROPIO CRISTO
QUE MORA EN NOSOTROS,
Y DICHA VIDA ESTÁ ESCONDIDA CON CRISTO EN DIOS;
EL CRISTO QUE ESTÁ ESCONDIDO EN DIOS
ES TIPIFICADO POR EL MANÁ ESCONDIDO
EN LA URNA DE ORO**

Nuestra vida es el propio Cristo que mora en nosotros, y dicha vida está escondida con Cristo en Dios; el Cristo que está escondido en Dios es tipificado por el maná escondido en la urna de oro (vs. 3-4; Éx. 16:32-34; Ap. 2:17).

**Cristo (el maná escondido)
está en Dios el Padre (la urna de oro);
el Padre está en Cristo (el Arca),
quien posee dos naturalezas, la divina y la humana;
y Cristo como el Espíritu que mora en nuestro interior,
vive en nuestro espíritu regenerado
para ser la realidad del Lugar Santísimo**

Cristo (el maná escondido) está en Dios el Padre (la urna de oro); el Padre está en Cristo (el Arca), quien posee dos naturalezas, la divina y la humana; y Cristo como el Espíritu que mora en nuestro interior, vive en nuestro espíritu regenerado como la realidad del Lugar Santísimo (cfr. Jn. 14:16-20; 2 Ti. 4:22). Para entender esto tenemos que percatarnos de la existencia de una incorporación divina y humana, que es una entidad corporativa conformada por el Dios Triuno procesado y consumado y los hombres tripartitos que Él redimió y regeneró. Esta incorporación implica que Él está en nosotros y que nosotros estamos en Él; en el Antiguo Testamento, el tipo más apropiado de esta

maravillosa incorporación universal es el tabernáculo. El tabernáculo, pues, es la representación antiguotestamentaria de esta maravillosa incorporación conformada por Dios y el hombre. El lugar central del tabernáculo es el Lugar Santísimo, donde se encuentra el arca. Dentro del arca, entre otras cosas, había una urna de oro, y en esa urna de oro había un gomer de maná (Éx. 16:33). Ese maná es llamado el maná escondido, el cual se refiere a Cristo como nuestra vida y suministro de vida. El oro de la urna alude a la naturaleza divina de Dios, y el maná dentro de la urna de oro, en palabras sencillas, se refiere a Cristo que está en Dios. Cristo está en Dios el Padre. El arca, construida de madera y oro (25:10-11), se refiere a Cristo y a Sus dos naturalezas: la divina y la humana. El hecho de que esta urna de oro esté dentro del arca significa que Cristo está en Dios el Padre, quien, a su vez, está en Cristo. Además, todo esto está en el Lugar Santísimo. Hoy, este Cristo es el Espíritu que mora en nuestro espíritu regenerado (2 Ti. 4:22) y que, en términos de nuestra experiencia, es para nosotros la realidad del Lugar Santísimo (He. 10:19).

No debemos olvidar que en Colosenses 3:3 dice que nuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Este hecho es tipificado por el maná escondido en la urna de oro. Este cuadro es simplemente una representación descriptiva de la incorporación divino-humana, en la cual tiene lugar la mezcla entre Dios y el hombre y que, finalmente, consumará en la Nueva Jerusalén.

**Quando comemos a Cristo como el maná escondido,
somos incorporados a Él
para que Dios y el hombre puedan morar
recíprocamente el uno en el otro**

Quando comemos a Cristo como el maná escondido, somos incorporados a Él para que Dios y el hombre puedan morar recíprocamente el uno en el otro (Jn. 15:5, 7; 8:31; 6:57, 63; 14:23.). Independientemente de que entendamos o no toda esta tipología del Antiguo Testamento, nuestra verdadera necesidad es comer de este maná escondido que está en la urna de oro. Al comer de este Cristo, seremos incorporados a Él a fin de que moremos recíprocamente el uno en el otro. Nuestra vida hoy está escondida con Cristo en Dios de esta manera. Al comer de este maná escondido, experimentamos a Cristo como nuestra vida.

**EL HECHO DE QUE CRISTO ES NUESTRA VIDA
INDICA CLARAMENTE QUE DEBEMOS TOMARLE
COMO NUESTRA VIDA Y VIVIR POR ÉL,
Y QUE DEBEMOS VIVIRLE A ÉL EN NUESTRA VIDA DIARIA**

El hecho de que Cristo es nuestra vida indica claramente que debemos tomarle como nuestra vida y vivir por Él, y que debemos vivirle a Él en nuestra vida diaria (Col. 3:4).

**Cristo debe ser nuestra vida
en nuestra experiencia y de manera concreta;
día tras día necesitamos ser salvos en Su vida**

Cristo debe ser nuestra vida en nuestra experiencia y de manera concreta; día tras día necesitamos ser salvos en Su vida (v. 4; 1 Co. 15:45; Ro. 5:10). A fin de experimentar a Cristo como nuestra vida de manera cotidiana, debemos experimentarle como la vida que nos salva en muchos aspectos de nuestro diario vivir.

***En la vida divina somos salvos de la esclavitud del pecado,
la ley del pecado, mediante la liberación
que nos proporciona la ley del Espíritu consumado***

En la vida divina somos salvos de la esclavitud del pecado, y de la ley del pecado, mediante la liberación que nos proporciona la ley del Espíritu consumado (8:2). En primer lugar, necesitamos ser salvos, en virtud de esta vida, de la esclavitud del pecado.

***En la vida divina somos salvos del siglo presente de este mundo,
mediante la santificación efectuada por el Espíritu consumado***

En la vida divina somos salvos del siglo presente de este mundo, mediante la santificación efectuada por el Espíritu consumado (12:2a; 6:19b, 22b). Este tema es desarrollado en detalle en las publicaciones del ministerio que tratan sobre la salvación en vida revelada en Romanos. En primera instancia, somos salvos del pecado y de la ley del pecado; y en segunda instancia, somos salvos de la era actual, la era moderna, que representa al mundo de hoy.

***En la vida divina somos salvos de nuestro ser natural,
mediante la transformación realizada
por el Espíritu vivificante***

En la vida divina somos salvos de nuestro ser natural, mediante la

transformación realizada por el Espíritu vivificante (12:2b). El tercer elemento del cual tenemos que ser salvos es nuestro propio ser natural, o sea, todo lo natural en nosotros. Esta salvación se efectúa mediante un cambio metabólico y orgánico que ocurre en nuestro ser. Esta transformación se lleva a cabo por medio de la renovación de la mente. La renovación de la mente es enfatizada por el libro de Colosenses, ya que nos insta a fijar nuestra mente en las cosas de arriba. Por tanto, la renovación de nuestra mente ocupa una posición de crucial importancia en cuanto a nuestra experiencia de transformación. Por tanto, pongamos nuestra mente en las cosas de arriba; así, seremos transformados.

***En la vida divina somos salvos del individualismo
al ser edificados en el Cuerpo de Cristo***

En la vida divina somos salvos del individualismo al ser edificados en el Cuerpo de Cristo (v. 5). En el mensaje anterior vimos algo con respecto al Cuerpo de Cristo. Cuanto más nos asimos a la Cabeza, más repudiaremos nuestro individualismo, el cual tiene el potencial de causar división. La división es el resultado de un individualismo extremo. Por naturaleza, a ninguno de nosotros le gusta ser uno con los demás. Por tanto, es necesario que seamos salvos de este individualismo a fin de poder ser uno con los demás miembros del Cuerpo de Cristo y ser edificados juntamente con ellos.

***En la vida divina somos salvos de toda expresión del yo,
mediante la conformación llevada a cabo
por el Espíritu que nos imparte vida***

En la vida divina somos salvos de toda expresión del yo, mediante la conformación llevada a cabo por el Espíritu que nos imparte vida (8:29). Expresar al yo es lo contrario de ser conformados a la imagen del Hijo primogénito de Dios.

***En la vida divina somos salvos del cuerpo
de la humillación nuestra
al ser transfigurados por la virtud propia
de la vida divina***

En la vida divina somos salvos del cuerpo de la humillación nuestra al ser transfigurados por la virtud propia de la vida divina (v. 30; Fil. 3:21; Ro. 8:11). La virtud de la vida divina es el poder de dicha vida.

Llegará el día en que este Cristo que es nuestra vida saturará, como Espíritu, todo nuestro ser, redimiendo así nuestros cuerpos viles al transfigurarlos a fin de que sean conformados al cuerpo de la gloria Suya. En esto consiste experimentar a Cristo como nuestra vida.

***Ser salvos en la vida divina equivale
a reinar en la vida divina***

Ser salvos en la vida divina equivale a reinar en la vida divina (5:17). Una de las maneras más sublimes de experimentar a Cristo consiste en reinar, en virtud de la vida divina, sobre todo lo mencionado anteriormente —el pecado, el mundo, Satanás, el hombre natural, el yo y el individualismo—, a fin de ser conjuntamente edificados como el Cuerpo orgánico de Cristo. En Romanos 5:17 dice que reinamos en vida por la abundancia de la gracia. Si simplemente nos mantene-mos recibiendo la transmisión divina, la gracia vendrá a nosotros con todas las riquezas de la vida divina. Es en virtud de la abundancia de la gracia, y no en virtud de nuestro esfuerzo propio ni por nuestras propias fuerzas, que podemos reinar en vida.

***Ser salvos en la vida divina
nos dará la victoria sobre Satanás***

Ser salvos en la vida divina nos dará la victoria sobre Satanás (16:20). En Romanos 16:20 dice: “El Dios de paz aplastará en breve a Satanás bajo vuestros pies. La gracia de nuestro Señor Jesús sea con vosotros”. Al experimentar a Cristo como vida y estar bajo la influencia de esta transmisión celestial, tenemos a Dios como nuestra paz y a Cristo como nuestra gracia, lo cual resulta en nuestra victoria sobre Satanás.

***El nuevo hombre surge espontáneamente
cuando tomamos a Cristo
como nuestra vida y le vivimos a Él***

El nuevo hombre surge espontáneamente cuando tomamos a Cristo como nuestra vida y le vivimos a Él (Col. 3:3-4, 10-11). El resultado de que tomemos a Cristo como nuestra vida es que Él mismo llegará a ser nuestro elemento constitutivo y llegaremos a ser el nuevo hombre. El siguiente extracto procedente del *Life-study of Colossians* [Estudio-vida de Colosenses] sirve de conclusión apropiada para este mensaje.

En el nuevo hombre, Cristo es todos los miembros y está en todos ellos. ¡Qué maravilloso! En esto consiste experimentar a Cristo, no sólo como la realidad de lo que necesitamos diariamente, sino también de tal manera que Él sea nuestra vida y que nosotros seamos uno con Él en todas Sus actividades divinas. Cuando somos uno con Él a este grado, Él llega a ser nosotros, y nosotros vivimos teniéndolo a Él en nuestro interior. En cierto modo seguimos viviendo, pero no vivimos solos, sino con Cristo en nuestro interior. Creo firmemente que el Señor desea que cada día experimentemos más esto, es decir, que tomemos más a Cristo como nuestra vida, vivamos en unión con Él, busquemos las cosas de arriba y coordinemos con Él para llevar a cabo el propósito eterno de Dios. Entonces todos podremos decir que para nosotros, el vivir es Cristo y que Cristo vive en nosotros (pág. 538).—M. C.

ESTUDIO DE CRISTALIZACIÓN DE COLOSENSES

El nuevo hombre

(1)

Vestirnos del nuevo hombre, y la constitución intrínseca y renovación del nuevo hombre (Mensaje 10)

Lectura bíblica: Col. 3:5-11, 17; Ef. 2:15; 4:22-24

- I. El supremo objetivo de Dios en Su economía es obtener el nuevo hombre, el cual está constituido del Cristo todo-inclusivo, extenso y preeminente que se ha forjado en Su pueblo, una entidad corporativa—Col. 1:27; 2:2, 9, 16-17; 3:4, 10-11.
- II. El nuevo hombre equivale al Cuerpo de Cristo—vs. 10, 15; Ef. 2:15-16:
 - A. Las expresiones *el nuevo hombre* y *el Cuerpo* son sinónimos y se pueden utilizar de modo intercambiable:
 1. Al hablar de la iglesia como el Cuerpo de Cristo, se recalca la vida de dicha entidad; mientras que al hablar de la iglesia como el nuevo hombre, se enfatiza la persona de tal entidad—1 Co. 12:12; Ef. 4:4; 2:15; 4:24.
 2. Por ser el Cuerpo de Cristo, la iglesia necesita a Cristo como su vida; y por ser el nuevo hombre, ella necesita a Cristo como su persona—Col. 3:4; Ef. 3:17a.
 - B. Nosotros y Cristo conformamos un hombre universal; Cristo, quien está en los cielos, es la Cabeza, mientras que nosotros, que estamos en la tierra, somos el Cuerpo—Col. 1:18a.
 - C. El nuevo hombre es el Dios-hombre corporativo, en el cual Cristo el Hijo primogénito es la Cabeza, y nosotros los creyentes, los muchos hijos de Dios, somos el Cuerpo; para que el nuevo hombre, que es el Dios-hombre corporativo, se haga realidad, nosotros tenemos que llevar la vida del Dios-hombre—3:10; Ro. 8:29; He. 2:10; Fil. 1:19-21a.
- III. Aunque el nuevo hombre ya fue creado en Cristo, todavía es